

Capítulo 6

FÉLIX DENEGRÍ LUNA

Homenaje



HOMENAJE A FÉLIX DENEGRI LUNA

Copyright © 2000 Fondo Editorial de la
Pontificia Universidad Católica del Perú
Av. Universitaria, cuadra 18, San Miguel
Telefax: 460-0872
Teléfonos: 460-2870, 460-2291 anexos 220 y 356
E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Derechos reservados, prohibida la reproducción de
este libro por cualquier medio total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.

Primera edición: diciembre del 2000
500 ejemplares
Impreso en Perú - Printed in Peru

Hecho el Depósito Legal, Registro N° 1501222000-4715
Obra completa: ISBN 972-42-376-X

Cubierta:

Diseño y diagramación: Gisella Scheuch
Impresión: Siklos S.R.Ltda.

Testimonio personal

ROBERTO DENEGRI LUNA

Nuestra Biblioteca Nacional ha tenido una aciaga fortuna que se inició cuando los vecinos del sur la consideraron botín de guerra y la trasladaron a Santiago. La ardua labor que al frente de ella desempeñara don Ricardo Palma, solicitando colaboración a todos los rincones del mundo donde su prestigio había llegado, hace que se le conozca como el bibliotecario mendigo, que la logró poner nuevamente en pie.

Y, conocedor de nuestro medio el ilustre tradicionalista, antes de jubilarse puso empeño en que se tomara en cuenta su opinión para nombrar a su sucesor: propuso a Francisco García Calderón. Mas el interés del Estado en nuestro patrimonio cultural fue versátil y se llegó a poner al frente de nuestra Biblioteca Nacional a personas no siempre idóneas. Tanto es así que dos figuras señeras de nuestra historia, José de la Riva-Agüero y Osma y José Gálvez, protestaron por las «raras circunstancias del siniestro» que destruyó la Biblioteca Nacional en 1943, y coincidieron en que la restauración de la misma se hiciera, «previamente provista de seguridades materiales y morales».

Mi trato con mi hermano Félix no constituyó un intercambio de halagos; discurrió por otras vías. Empero, desde que inició la formación de su biblioteca sobre nuestra vida republicana, no pude menos que manifestarle mi congratulación por sus bien encaminados esfuerzos. Su explicación fue sobria: «me interesa el tema, pero como he encontrado tantas dificultades bibliográficas, aun luego de recorrer todos los librerías de viejo a mi alcance, llegué a la conclusión de que debía dedicar todo mi empeño para llenar, siquiera en parte, este vacío». Y tomó tan noble empeño diríase que frenéticamente, porque se desplazó donde quiera que pudiese encontrar elementos que le fueran útiles, llegando a establecer una suerte de correspondencias en diversos países.

Muchos años de su vida, así como muchos sacrificios económicos, le habrían de significar tan preclara tarea.

Inicialmente contó con la colaboración de amigos que se reunían los fines de semana. Luego, consciente de que lo que iba reuniendo le planteaba mayores exigencias, contrató los servicios profesionales de don Alejandro Lostaunau, quien había dedicado algunas décadas de su vida al servicio de la Biblioteca Nacional. El caballeroso señor Lostaunau desempeñó su tarea con fruición y entrega absoluta.

Germán Arciniega —humanista de la más alta categoría en nuestra lengua— en alguna oportunidad me hizo conocer que no tenía noticia de biblioteca privada alguna de la magnitud de la de Félix. «Quedo claro —agregó— que tu hermano no se ha limitado a acumular libros y documentos sobre una materia; ha estructurado una biblioteca, con anotaciones y datos puntualmente archivados en sus correspondientes gavetas».

En una ocasión le dije a Félix que respetaba sus ensayos históricos, pero que su esfuerzo y logro como bibliotecario estaba fuera de toda ponderación. Agregué que, en mi opinión, era más valioso el aporte de Ptolomeo I a la cultura universal que la *Historia* de Herodoto, tan estimulante como amena. El rey oriental no solo dio orden de adquirir todos los documentos escritos que se encontraran, para constituir la Biblioteca de Alejandría, sino que construyó en torno a ella residencias y salones donde los sabios de la época analizaron y confrontaron los documentos reunidos, anticipándose a la crítica histórica que tanta vigencia había de alcanzar a partir del siglo XVII.

Nuestra historia republicana se ha escrito muchas veces con apresuramiento, llegándose a fundamentar algunos episodios en notas periodísticas superficiales, asumiendo una sola persona tareas que corresponderían a muchos equipos de trabajo. Lo admitió, inclusive en un caso concreto, pero agregó: «se ha dado un paso, vendrán otros que recogerán la posta y avanzarán».

Quede constancia de mi respeto y orgullo por el singular e invaluable aporte de mi hermano a la cultura peruana.